

III. SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DEL  
ILMO. SR. D. MARIO LÓPEZ LÓPEZ

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN  
LIBRARY

## INTERVENCIÓN DE D. ANTONIO CRUZ CASADO<sup>1</sup>

Siempre resulta esclarecedor, desde una perspectiva comparatista, el hecho de señalar las deudas o las simples concomitancias que un poeta pueda tener con respecto a la tradición literaria, puesto que lo específico de determinada creación brilla entonces de forma más nítida y lo que pudiera considerarse un rasgo erudito en el campo de la crítica es simplemente la necesaria determinación del contexto diacrónico y sincrónico en el que se sitúa una obra concreta. En el caso de Mario López tenemos algunas noticias con respecto a su propia obra literaria en el interesante prólogo que, bajo el título de "Algunas consideraciones sobre mi obra poética", se encuentra al frente de su libro *Universo de pueblo*, de 1979. Allí señala que se siente deudor de determinados poetas recientes y coetáneos, como Lorca, Juan Ramón, Alberti, Villalón o Romero Murube, según ya había indicado Ricardo Molina para todo el grupo *Cántico*, pero que, además, en su caso concreto, tiene presente a Luis Cernuda y a los poetas barrocos Rodrigo Caro, Francisco de Rioja y Pedro Soto de Rojas. Por lo que respecta a la literatura extranjera añade Mario López: "Desde nuestros clásicos españoles hasta Neruda o Montale debo admitir, no obstante, otras muchas preferencias e influencias literarias, decisivas en algunas de las etapas de mi limitada creación, entre ellas la obra poética de Francis Jammes cuya temática y forma de expresión guarda curiosa analogía con mi poema "El Ángel Custodio de Cañete de las Torres", escrito en los Pirineos Orientales (Ribas de Fresser, 1941) varios años antes de leer al autor de las *Geórgicas cristianas*"<sup>2</sup>. Retengamos por el momento el dato que nos interesa: cuando Mario López compone el poema indicado, en 1941, desconoce la obra de Francis Jammes, que había fallecido poco antes, en 1938, y que, aunque había nacido en Tournay, en el departamento de los Altos Pirineos franceses, vivió la mayor parte de su vida en Orthez, en el Bearn.

Sería interesante determinar la huella o las probables afinidades electivas, que diría en su momento Goethe, del poeta bujalanceño con los escritores mencionados, tarea de cierta complejidad y que sobrepasaría en mucho el tiempo del que disponemos. Nos limitaremos por el momento a señalar algunas afinidades entre Francis Jammes y Mario López, y a fijar, de manera esquemática, varios hitos de la recepción del artista francés entre los escritores españoles, entre los líricos preferentemente porque, como se sabe, suelen ser poetas los que se interesan por la obra de otros poetas con los que tienen concomitancias, puesto que aparecen inmersos en similar ámbito vital, en parecido clima estético.

Por otra parte, no hay que olvidar que el ambiente espiritual de muchos poemas del grupo *Cántico* conecta con los movimientos finiseculares y decadentes europeos, con

---

<sup>1</sup> Este texto formó parte del Homenaje que la Real Academia de Córdoba tributó al poeta Mario López en la Sesión de Clausura del Curso Académico 1999-2000, que tuvo lugar el día 22 de junio de 2000. Ahora, cuando ya se ha celebrado la sesión necrológica del gran poeta de Bujalance, en el presente curso 2003-2004, rescatamos esta aportación como un homenaje más a su memoria.

<sup>2</sup> Mario López, *Universo de pueblo (Poesía 1947-1979)*, pról. Abelardo Linares, Sevilla, Universidad, 1979, p. 26.

el romanticismo tardío de los victorianos, los prerrafaelistas y los escritores malditos, tan bien estudiados por Mario Praz en los sugestivos libros *La Carne, la Muerte y el Diablo en la literatura romántica* (1942) y *El pacto con la serpiente* (1971). De una forma más genérica se puede señalar que casi todos estos movimientos y autores son una consecuencia de la gran convulsión espiritual que bajo el nombre de Simbolismo afecta a toda Europa desde la segunda mitad del siglo XIX y que, junto a los grandes nombres franceses de Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé y Verlaine, ofrece muchos otros, ya no centrados exclusivamente en Francia, sino localizados también en los restantes países europeos. En esta que pudiera denominarse segunda generación de simbolistas y tomando como referente aproximado la fecha de nacimiento del poeta que nos ocupa, Francis Jammes, 1869, encontramos también al belga Maurice Maeterlinck, al portugués Eugenio de Castro, al italiano Gabriel D'Annunzio, al irlandés William Butler Yeats, al alemán Rainer María Rilke, a los franceses Paul Claudel y Paul Valery. En España, que suele incorporarse un tanto tardíamente a los movimientos estéticos europeos, los poetas son, en consecuencia, algo más jóvenes, con respecto a los años indicados, pero no menos relevantes, como ocurre con Juan Ramón Jiménez o Manuel Machado y, en un tono menor, Gregorio Martínez Sierra (o María de la O Lejárraga) y Eduardo Marquina, entre otros. A la misma categoría pertenecen los poetas americanos de habla hispana de la época.

Algunos libros iniciales de los poetas de *Cántico* pueden considerarse una secuela de la misma órbita estética, que entre nosotros no es más que una faceta del llamado Modernismo. Como ejemplos concretos, pensemos en el poema inicial de la revista cordobesa, "Ágatha", de Pablo García Baena, que nos sugiere deudas con el titulado "Los últimos instantes de la marquesa Eulalia", del cubano Agustín Acosta, que recoge a su vez ecos del poema "Era un aire suave", de Rubén Darío, o el magnífico "Narciso", que cierra el libro *Junio* (1957), del mismo García Baena, que recuerda diversos aspectos del poema titulado "Habla Narciso", de Paul Valery.

Pero, volviendo a la relación de Francis Jammes y Mario López, podemos señalar que una lectura detenida de ambos escritores, especialmente de la poesía lírica de ambos, nos permite detectar indudables concomitancias. Los dos se encuentran inmersos en la naturaleza circundante, hasta tal punto que nos parece que los versos iniciales de "El otoño", de Juan Ramón Jiménez, son una expresión lírica correcta de esa conexión del hombre, del poeta, con toda la tierra, con el corazón del universo. Recordemos las dos primeras estrofas del poeta de Moguer:

Estoy completo de naturaleza,  
 en plena tarde de áurea madurez,  
 alto viento en lo verde traspasado.  
 Rico fruto recóndito, contengo  
 lo grande elemental en mí (la tierra,  
 el fuego, el agua, el aire) el infinito.

Chorro luz: doró el lugar oscuro,  
 trasmino olor: la sombra huele a dios,  
 emano son: lo amplio es honda música,  
 filtro sabor: la mole bebe mi alma,  
 deleito el tacto de la soledad<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> Juan Ramón Jiménez, *La estación total, Libros de poesía*, pról. Agustín Caballero, Madrid, Aguilar,

En ambos se constata esa especie de voluptuosidad por los nombres de las cosas corrientes, de los objetos habituales, sencillos y cotidianos, procedentes del campo y de las faenas agrícolas, como tan bien ha captado Pablo García Baena, en su discurso de introducción del poeta como hijo predilecto de Bujalance, "Puebloamor", del que tomamos este fragmento: "Y el léxico agrario se enriquece de los dóciles útiles domésticos: las trébedes, la artesa, las tinajas; de las franciscanas plantas más humildes: los vinagrillos, las ortigas, las malvas, las collejas; de la animalfa cotidiana y libre: las liebres, el zorzal, los moscardones. Se abren, como al cielo, las puertas amplias de los campos para que pasen "los muertos del pueblo" conversando de Agricultura. Y los "Ángeles de la Leña Quemada y de la Verdina" alzan, morada y silenciosa la copa de noviembre. Dios va y viene en ese trajín de siembras y maquilas"<sup>4</sup>.

Destaquemos esta última frase del poeta amigo, porque en ella está la clave de otro rasgo común: el sentimiento religioso. Las vírgenes y los ángeles son en ambos líricos seres concretos que pululan entre los vivos, a los que protegen y guían como es habitual en el ámbito de las creencias cristianas, pero están tratados con un sentimiento de marcada familiaridad, como si se tratase de una persona más del núcleo familiar, aunque extraordinariamente dilecta. Hay, en consecuencia, una mezcla de elementos religiosos con otros que proceden de la propia naturaleza, del entorno campesino, con cierto sentido auroral de naturalidad, de franciscanismo casi ecológico, puesto que el poeta se integra en la tierra como un elemento más, en la armonía que presenta un mundo rural, preindustrial, un "universo de pueblo", para decirlo con palabras del eximio bujalanceño. El sentimiento nostálgico de las cosas pasadas, del tiempo perdido, que diría Proust, está igualmente presente en muchas de las composiciones de estos poetas.

Hay, además, en Francis Jammes y en Mario López, una expresión poética sencilla, directa, perfectamente comprensible, lejos de los adornos retóricos (o al menos, eso es lo que percibe el lector que se deja prender en esa difícil facilidad del texto conseguido). Sus poemas perfectamente elaborados ofrecen una acusada musicalidad interna, ocasionalmente reforzada por la rima, pero tendente de manera habitual hacia el verso libre, amplio, armonioso.

De forma más concreta, estas características y afinidades que venimos apuntando se advierten en los poemas de Mario titulados "Geórgica de Nuestra Señora del Campo", que parece construido sobre algunos recursos procedentes del libro *Les Georgiques Chrétiennes* de Jammes, "La Virgen del Campo", "La Virgen del invierno", "Última geórgica", "Soneto a la Virgen del Campo", "La casa deshabitada", "La Virgen del Campo", "Letanía de la comarca (Virgen de la Estrella)", etc.

La obra de Jammes, muy amplia, se inicia a finales del siglo XIX y se desarrolla hasta casi mediados del siglo XX; aunque fallece en 1938, como hemos indicado, en Hasparren, en la Navarra Francesa, hacia 1950, aparece algún texto póstumo. En su extensa trayectoria artística, integrada por casi cien obras, se encuentran no sólo libros de poemas, lo más conocido y relevante, sino también novelas y relatos, como *Pomme d'Anis* (1906), *Claire d'Ellébeuse* (1899) y *Almaïde d'Étremont* (1901), alguna obra de teatro, como *La brebis égarée* (1926?), e incluso estudios de carácter literario, entre los que figura el que dedica a su amiga, la escritora Ana de Noailles, titulado *L'évolution spirituelle de Madame de Noailles*. Sus libros poéticos más representativos son *De*

1959, p. 1140.

<sup>4</sup> Pablo García Baena, "Puebloamor", en Mario López, *Poesía, 1947-1993*, pról. Guillermo Carnero, Córdoba, Diputación Provincial, 1997, p. 339.

*l'Angélus de l'Aube à l'Angélus du Soir* (1898), *Le poète et l'oiseau* (1899), *Le Deuil des Primevères* (1901), *Clarières dans le ciel* (1906), *L'Église habillée de feuilles* (1906), *Les Georgiques chrétiennes* (1911), que obtuvo un premio de la Academia Francesa, *Le troisième livre des Quatrains* (1924), etc. Un amigo del escritor, también poeta, Henry de Regnier, dice de Jammes que es un creador único, "no habla más que de las cosas más humildes, añade, más sencillas, más corrientes, pero con una gracia deliciosa, una emoción ingenua y una exactitud que las hace visibles y palpables". En estudios más recientes se constata una evolución estética en su obra, que va de la sensualidad inicial a un momento de ascesis y religiosidad para volver de nuevo a la pujanza primitiva, así como la insistencia vegetal, la referencia a flores y frutos, que parece aludir a una transformación espiritual del poeta, aunque tampoco falta la armonización de opuestos, la esperanza en el renacer o en el eterno retorno. Es, además, un poeta creyente, del que un crítico actual afirma: "Fue católico y peregrinó muy joven a Lourdes (su hija mayor se llamó Bernadette), vivió toda su vida lejos de París, apenas viajó, estuvo casado con una sola mujer y no se le conocieron extravagancias"<sup>5</sup>.

Ahora bien, ¿qué idea tienen los poetas españoles de Francis Jammes? No existe, que sepamos, una aplicación concreta de la estética de la recepción a este poeta francés, por lo que respecta a España, pero podemos señalar el aprecio que sentían por él diversos escritores de principios de siglo, como Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna. El primero de ellos señala, al tratar de las raíces del Modernismo hispánico, que tanto los Machado como el propio Juan Ramón habían leído a los simbolistas franceses antes que el propio Darío, en el caso de los Machado, y que los tres habían "estado en Francia antes de conocer a Verlaine, a Francis Jammes y a Mallarmé"<sup>6</sup>, con lo que parece indicar que se habían imbuido de ideas simbolistas en el mismo medio en el que se estaban produciendo, sin que se tenga que establecer en ese aspecto una deuda directa con el gran poeta nicaragüense. El asunto aparece más aclarado en otro lugar del mismo libro: "Rubén Darío, lo sé por él mismo, —escribe Juan Ramón—, lee Verlaine después que yo, porque él lo que conocía eran los parnasianos. Como yo me fui a Francia cuando tenía diecinueve años, yo pude comprar en París los libros de los simbolistas: Mallarmé, Verlaine, Rimbaud, Francis Jammes, etc., pero todavía no habían circulado por España ni por Hispanoamérica. De modo que los Machado y yo cogimos eso directamente; por ello el simbolismo viene en otra forma. Es decir, por eso lo que entra en España no es el parnasianismo, sino el simbolismo"<sup>7</sup>. Indica, además, que el escritor francés pudo influir en el deseo de universalización que se advierte en el Moguer de *Platero y yo*; al respecto escribe: "Francis Jammes, poeta de los Pirineos, canta su pueblo: Orthez. Universalidad de región, que en cualquier país se puede leer. Categoría superior [En] Platero canta pueblo Moguer elevado a lo universal"<sup>8</sup>. Las notas casi taquigráficas del curso sobre el Modernismo no son muy claras al respecto, pero nos parece que pudieran tener el sentido apuntado antes. Además el acusado sentimiento de la naturaleza sencilla, el amor por los niños, los animales y las flores, la plenitud del hombre en contacto con las cosas habituales, tan visibles en el Juan Ramón inicial, podrían proceder no sólo de la experiencia personal directa sino que también pudieran derivarse, en el ámbito literario, del conocimiento de Jammes, al que habría tratado

<sup>5</sup> Francis Jammes, *Del Angelus de la mañana al Angelus de la tarde o Del toque del alba al toque de oración*, trad. Enrique Díez-Canedo, Granada, La Veleta, 1992, p. 11.

<sup>6</sup> Juan Ramón Jiménez, *El Modernismo. Notas de un curso* (1953), México, Aguilar, 1962, pp. 157-158.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 227.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 193.

personalmente, según confiesa en sus conversaciones con Ricardo Gullón. Al referirse a su estancia en Burdeos, en el sanatorio psiquiátrico de Le Bouscat, señala que tal estancia fue “desde mayo de 1899 hasta mayo de 1900. Justamente un año –comenta–. En Burdeos leí a Francis Jammes, a quien conocí en Orthez. Mucho antes de ir a Francia yo estaba empapado de literatura francesa; me educé con Verlaine, que fue, junto con Bécquer, el poeta que más influyó sobre mí en el primer momento. Luego vino Baudelaire, pero éste es de comprensión más difícil, más tardía”<sup>9</sup>. Insiste luego en el mismo sentido apuntado: “En la época de Burdeos quienes más me interesaron fueron Laforgue, Verlaine y Francis Jammes; la atracción de Baudelaire no la siento hasta los veintitrés años”<sup>10</sup>.

Por su parte, Ramón Gómez de la Serna también se manifiesta conocedor y admirador del poeta francés. En su conferencia sobre “El concepto de la nueva literatura”, publicada en el número 6 de la revista *Prometeo*, de 1909, asigna un lugar especial a Jammes: “Después de tantos versos de almanaque y de tantos panegíricos sobre la primavera, nadie como Francis Jammes –que ha hecho tantas cosas para acercarnos a la naturaleza– nos ha dado una sensación simplemente. “Para las bestias la comida de invierno acaba... el día aumenta una hora y cincuenta minutos”<sup>11</sup>. La frase final pertenece al poeta citado. En otra ocasión, refiriéndose a Larra, en el banquete homenaje que se le dedica, también en 1909, lo presenta como un contemporáneo más, con los mismos gustos y fobias que los jóvenes de entonces, por lo que, escribe, “ama a Anatole France y a Francis Jammes, y le parecen mal Echegaray, doña Emilia [Pardo Bazán] y Martínez Sierra”<sup>12</sup>. En otro texto más creativo, también de la misma época e idéntica publicación, lo considera un autor básico en una biblioteca contemporánea: “¡No hay bagatelas, no hay horas de lectura, no está en la biblioteca Francis Jammes, ni Gourmont, ni Walt Whitman, ni Juan R. Jiménez, no hay aventuras, ni tropiezos de azar”<sup>13</sup>; añade en nota, refiriéndose al escritor francés, “ese poeta del que en esta hora inquieta recuerdo su *Oración para que todos sean felices*, buena, digna de ser omnipotente”<sup>14</sup>. Otras referencias jammesianas en Ramón y en otros autores alargarían en exceso estos apuntes.

En el ámbito más cercano a Mario López encontramos alguna traducción de Jammes en la revista *Cántico*, en el número 5, de Junio de 1948; recordemos que el primer libro de Mario, *Garganta y corazón del Sur*, es de 1951, aunque ya había publicado en la revista cordobesa diversas composiciones, entre las que están “El Ángel Custodio de Cañete de las Torres” (núm. 1, 1947), la serie de ocho textos poéticos, titulados “Poemas de la Campiña” (núm. 2, 1947), “Pronto serán de niebla” y “Cuando el barro” (núm. 4, 1948). Por lo que respecta a las poesías de Jammes en *Cántico*, se trata de tres poemas de la novela en verso *Jean de Noarrieu*, de 1901, titulados “Pascua florida”, “La partida de los rebaños” y “El regreso otoñal”, sin indicación expresa de traductor, pero la tarea aludida bien puede ser obra de Ricardo Molina, el cual firma unas notas bibliográficas que vienen a continuación, entre las que figura una dedicada al escritor

<sup>9</sup> Ricardo Gullón, *Conversaciones con Juan Ramón*, Madrid, Taurus, 1958, p. 100.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 101.

<sup>11</sup> Ramón Gómez de la Serna, “El concepto de la nueva literatura” [1909], en *Prometeo, I. Escritos de juventud (1905-1913), Obras completas*, ed. Ioana Zlotescu, Barcelona, Círculo de Lectores, 1996, p. 162.

<sup>12</sup> Ramón Gómez de la Serna, “El banquete a Larra. El Futurismo” [1909], en *Prometeo, I. Escritos de juventud (1905-1913), Obras completas*, ed. Ioana Zlotescu, op. cit., p. 287.

<sup>13</sup> Ramón Gómez de la Serna, “La Cárcel (Miserere)” [1909], en *Prometeo, I. Escritos de juventud (1905-1913), Obras completas*, ed. Ioana Zlotescu, op. cit., p. 320.

<sup>14</sup> *Ibid.*

francés. Claro que la nota es escasamente crítica o divulgativa porque se limita a transcribir un fragmento del *Diario* de André Gide, poeta un tanto contrario al escritor que nos ocupa, con el que intercambié un abundante e interesante epistolario<sup>15</sup>; aquí se ocupa fundamentalmente del buen concepto que tiene el propio autor de su libro *Jean de Noarrieu*, al que otro decadente y exquisito simbolista, Marcel Schwob, había comparado con el *Herman y Dorotea* de Goethe, considerándolo superior al poema goethiano. Por su parte, Ricardo Molina dedica un poema a Jammes, titulado "Rondel. Homenaje a Francis Jammes"<sup>16</sup>, en su libro *Homenaje*, en el que figura también otro dedicado a Mario, "Impresiones matinales. Homenaje a Mario López"<sup>17</sup>.

Otros traductores españoles de Jammes son Enrique Díez-Canedo, al que se debe el libro titulado *Del toque de alba al toque de oración* (Madrid, 1920, reeditado en 1992), Sebastián Sánchez Juan, que tradujo *El arco iris de los amores* (Barcelona, 1942) y Luis Aguirre Prado que, hacia 1956, hizo la versión de *El divino dolor*, también aparecido en Barcelona. La traducción de Díez-Canedo es de singular importancia, no sólo por la calidad de la obra y lo acertado de la versión, sino también porque en ella se encuentra el primer poema que escribió Jammes, creación que tuvo lugar hacia los veinte y seis años de su edad, cuando de repente se sintió invadido por la poesía y descubrió la vida humilde, virgiliana, el campo del Bearn, la resignación y el amor a las criaturas. A partir de entonces su vida va a centrarse en ámbitos muy concretos: el cultivo de la poesía elegíaca y bucólica, la botánica, la caza y la observación de la existencia rural.

Sin duda que un poeta de la envergadura y la producción de Francis Jammes no puede juzgarse por un solo libro, cuanto menos por un texto; con todo, en aras de la brevedad, recordemos un fragmento de su poema "El pueblo viejo", en traducción de Enrique Díez-Canedo; pertenece al libro antes mencionado *De l'Angélus de l'Aube à l'Angélus du Soir*, es decir, *Del Ángelus de la mañana al Ángelus de la tarde*, que en la versión española, única que hemos visto en este caso, se (sub)titula *Del toque del alba al toque de oración*:

El pueblo viejo está lleno de rosas;  
andando voy por el calor más fuerte,  
y luego por el frío más intenso,  
de una senda con hojas que se duermen.

Sigo la tapia, larga, desconchada;  
es un parque con árboles muy altos;  
en los árboles altos, y en las rosas  
blancas, siento un aroma del pasado.

Ya nadie habrá que viva en él... Sin duda,  
dentro del parque, antaño, leyó alguno...  
Mas hoy, como después de haber llovido,  
los ébanos relucen al sol crudo.

<sup>15</sup> Cfr. Francis Jammes et André Gide, *Correspondance, 1893-1938*, ed. Robert Mallet, Paris, Gallimard, 1948.

<sup>16</sup> Ricardo Molina, *Homenaje, Obra poética completa*, Granada, Diputación Provincial de Córdoba/ Antonio Ubago editor, 1982, vol. 2, p. 95.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 182.

¡Ah! Sin duda, unos niños, tiempo atrás,  
jugaban en el parque tan recóndito.  
Había plantas rojas de países lejanos:  
daban fruto venenoso.

Los padres, enseñándoles las plantas,  
decían: “Ésta es mala.... no se toca...:  
tiene veneno...; viene de la India...  
Y ésa es la que se llama belladona”.

Y decían también: “Éste es un árbol  
que trajo del Japón el tío abuelo;  
lo trajo con hojitas del tamaño  
de una uña, pequeño, muy pequeño” [...] <sup>18</sup>.

Nos parece, en fin, que existen zonas de confluencia temática y estilística fácilmente perceptibles entre los dos poetas que venimos examinando, aunque igualmente se produzcan divergencias temáticas y expresivas en el resto de su producción.

Por último, queremos terminar esta nota, o somera aproximación a una relación poética frecuentemente apuntada, pero no tan estudiada como se debiera, con el que consideramos uno de los mejores poemas religiosos marianos de la literatura española del siglo XX, la “Geórgica de Nuestra Señora del Campo”; en él se advierten algunos de los elementos que hemos ido persiguiendo:

Miras los surcos, miras las palomas  
de la Campiña trasvolando alcores  
de Noviembre, el invierno de las nubes  
a sol traspuesto, los silencios de oro.

Sueñas la serranía, los rebaños  
de ovejas, sus apriscos, los pastores  
quemando brezo, el agua cristalina  
hacia los valles y sus regadíos.

Piensas sin duda en nuestra Agricultura,  
la sementera, el olivar, la viña,  
las cosechas de aceite, el pan, el vino,  
las eras, los lagares y almazaras.

La más dispersa variedad de cosas  
y seres insensibles armonizas  
bajo tu manto, universal cobijo:  
la bucólica esquila, los tractores,

los animales mansos y queridos,  
las gallinas, los perros, los jumentos,

<sup>18</sup> Francis Jammes, *Del Angelus de la mañana al Angelus de la tarde o Del toque del alba al toque de oración*, trad. Enrique Díez-Canedo, op. cit., p. 73.

aperos, flores, piedras, mariposas,  
el oloroso pan de cada día...

En toda parte que la luna cubra  
de cal celeste el rostro de los pueblos,  
en las encinas y en las amapolas  
en los abonos de las tierras pobres,

en los estercoleros, en las huertas,  
en los tibios pesebres de las cuadras,  
en la mirada de los bueyes  
y en la docilidad de las caballerías

estás... En el rocío de los humildes  
lirios campestres, en los caracoles  
de las umbrías, la niebla de los leños  
y en el agua potable de los pozos...

Y al alba te sonrías en las alondras,  
en las perdices, en los labradores  
y ellos, fumando piensan en la lluvia,  
en el lucero azul de la mañana...<sup>19</sup>

## **INTERVENCIÓN DE D. FRANCISCO CARRASCO HEREDIA**

Se nos rompió, en primavera, cuando ya los chopos se vestían de su ropaje temporal, otra de las voces preclaras de nuestra poesía. Derramó su obra en la monotonía pueblerina de su Bujalance provincial. Murió Mario López, con los otoños llenándole los ojos de atardeceres niños. Escuchando el resuello de las bestias que traían la aceituna a la repetida razón de la almazara. En su edad de estudiante, nos cuenta en sus libros cómo acontecían sus venidas desde Madrid a compartir el tiempo familiar de la Navidad; con ojeos de perdices entre olivos de la campiña o, acompañando tertulias de casino al calor tutelar de su buen padre. Qué dolorosos eran los días del alejamiento del hogar hacia el encuentro del Instituto madrileño donde cursaba los estudios. Entre Córdoba y Madrid quedó aquel tiempo en su garganta y corazón del Sur donde deja noticia del hacer de su corazón joven. De su universo de pueblo desde donde partió al encuentro de Ricardo, Juan y Pablo que ya tenían un cántico celebrante para recibirle a la luz de cada día, un día cualquiera, mientras cantan los pájaros.

Mario ha sido muchos años –Ricardo ya había sido y dejado noticia de mi libro *Las raíces*– el aliento, la mano amiga, la cátedra generosa para los que veníamos a andar las

<sup>19</sup> Mario López, *Poesía, 1947-1993*, pról. Guillermo Carnero, op. cit., pp. 103-104.

mismas calles que ellos nos dejaran limpias de cales; manantíos claros donde íbamos bebiendo al frescor contagioso de la poesía eterna.

No morirá nunca el calor de aquel momento de mi primer encuentro con Mario. Fue en Librería Luque donde celebró mi primer libro premiado en Adonais. Entonces iba creciendo nuestra amistad con mis idas a Bujalance a participar en las Jornadas de Primavera del Instituto Juan de Mena, de la mano de Juan León, su director posteriormente. Mario nos llevó al Grupo Zubia al Instituto Cañete de las Torres y nos presentó en el acto de nuestra lectura poética. Asistía a las celebraciones de la revista del grupo cada vez que aparecía un número, esto en la Galería Studio 52, después Galería de Arte Juan Bernier, propiedad del querido y recordado amigo Pepe Jiménez Poyato.

Lo recuerdo una noche con Pepe Cobos, q.e.p.d., Antonio Ojeda, Antonio Povedano y Rafael Morales, el poeta de Talavera de la Reina que había dado una conferencia en el Monte de Piedad, hoy Cajasur. Aquella noche tuvo lugar un movimiento sísmico en nuestra ciudad sobre las tres de la mañana.

Tantas ocasiones de encuentro en este hermoso quehacer de la poesía. Mario nos dejó una extensa, fértil obra literaria de la que hablarán otros más cualificados que yo.

Pero siendo su obra un caudal didáctico donde hemos ido enriqueciéndonos tantos poetas posteriores; yo quiero resaltar su gran personalidad de hombre generoso, siempre afable. Su sonrisa abierta y clara, contagiando bondad. Su casa siempre abierta a los amigos.

Descanse en paz el querido amigo, admirado poeta.

## **INTERVENCIÓN DE D. JUAN DíEZ GARCÍA**

Mi primer conocimiento de Mario López tuvo lugar en 1968 al disfrutar la belleza de su libro editado en 1951 denominado "Garganta y corazón del Sur". Enseguida aprendí que sus poemas eran uno de los reflejos más bellos de la realidad cordobesa y provincial.

Sus poemarios "Los brazos del paisaje", "El libro de la Campiña", "La flor de memorias" y "Surco vivo" me hicieron comprender al poeta auténtico y veraz que incorpora la gracia del detalle concreto y de la circunstancia local o rural en sus versos.

Aún no habían pasado tres meses, cuando esta Real Academia de Córdoba publicó su *Primera antología poética*, en la que a los poemas de *Garganta y Corazón del Sur* se sumaban los correspondientes a *Universo de pueblo*, *Siete canciones*, *Cal muerta*, *cielo vivo...* y otros poemas con ilustraciones de los artistas Pedro Bueno, M. del Moral, López-Obrero, Antonio Ojeda, Povedano y Zueras. Hacía 3 años que Mario había ingresado como Académico de esta Corporación. En su intervención de presentación, seguida de la lectura de sus poemas, definió con precisión la finalidad de su hacer poético: "recoger, de algún modo, la palpitación lírica de nuestra tierra andaluza a través del reducido ámbito de ese pueblo cualquiera del Sur de España donde me correspondió nacer y vivir con la autenticidad de mi sangre de hombre en íntimo diálogo con su circunstancia". "Circunstancia de paisaje y aliento de humanidad, en un clima de contrastes tan definidos como los de esta tierra del muro blanco y del cielo turquesa, del sol y de la sombra en los tendidos de los ruedos y también de realidad y los sueños,

entrelazados, en el corazón de quien lo habita”.

“En mi pueblo –decía Mario a los Académicos en mayo de 1966–, no suelen ocurrir grandes cosas. Quiero decir, como cada hora del día el concertado drama humano se desenvuelve silencioso y tan sólo ofrecido a los ojos de quien ponga su corazón en descifrarlo”, de manera que sintiendo la voz de la tierra sería verdaderamente angustioso dejarla gritar, muda, sin intento de expresarla, de transcribirla... Así concebía Mario López su función de poeta.

Otros Académicos que hoy intervienen probablemente analicen, con más autoridad y especialización literaria, lo que significa la obra de Mario López; yo voy a testimoniar mi admiración y amistad a través de una experiencia inolvidable: su participación en la operación “Poetas en el aula” durante el curso 1989/90.

Como responsable del programa de Cultura Andaluza en los centros educativos de nuestra provincia invité a Mario a participar en una campaña de fomento de la creatividad poética de los alumnos de los centros educativos de las localidades de Montilla y Puente Genil. Le entusiasmó el contacto con los alumnos, primero a través de una breve antología que les preparó, la cual junto con un cuaderno de actividades creativas, fue trabajada por alumnos y profesores de los centros, colegios e institutos de las localidades citadas durante varios meses. Posteriormente en la primavera de 1990 acompañé a Mario a los actos poéticos en el que los alumnos declamaron sus poemas y expresaron oral y pictóricamente las vivencias emotivas que los distintos poemas de Mario habían suscitado en su creatividad juvenil. En los dos actos poéticos de Montilla y Puente Genil el talante de Mario fue como siempre extraordinario. Se notaba que estaba totalmente integrado, contento, y evocó el ambiente lúdico y creativo del Instituto Escuela en el que estudió en Madrid.

Aparte de su dominio del verso, de la plasticidad pictórica de sus descripciones y la delicada estilización narrativa de sus creaciones, los adolescentes de los IES de Montilla y Puente Genil pudieron conocer en su breve antología y en la voz de su autor la claridad de su palabra y la nitidez de la composición de sus poemas.

En la antología editada por la Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Andalucía, seleccionadas por Mario, aparecen composiciones poéticas referentes a la vida provinciana, al campo andaluz, con sus luces cambiantes, su olor, su sabor, sus cielos, sus estaciones y la nostalgia de la infancia.

Con la poesía de Mario los alumnos de Poetas en el aula se vieron invadidos por un torrente de vida y de inspiración, como si se hubiera abierto una ventana a la feroz llanura verde de trigales y olivos, bajo un cielo azul donde reina el sol de mayo.

La intervención de Mario con los alumnos fue realmente didáctica. Con la sencillez y naturalidad que le caracterizó siempre, brindó a los estudiantes un ejemplo perfecto de cómo se puede crear belleza al describir las plenitudes campiñesas y el relieve espiritual del campo cordobés, sus olivos, sus trigales, sus eras y horizontes. Los adolescentes comprendieron de forma sugerente y motivadora cómo al versificar el ambiente de lo cercano o inmediato se refrescan y perfuman las ermitas, los casinos, las ferias, las corridas de toros, los caballos, las procesiones...

Indudablemente la actuación del poeta Mario López con los alumnos fue magistral, los trabajos posteriores a su visita a los centros dio como resultado la afición de los jóvenes hacia la poesía cercana, hacia el lenguaje bello como expresión de la realidad. El testimonio de los profesores de Literatura de los centros montillanos y pontanenses, cuyos alumnos fueron objeto de la visita de Mario, fue muy elocuente en cuanto a los resultados conseguidos.

Por lo que a mí respecta guardo un recuerdo imprecioso de los dos días en que

acompañé a Mario en sus visitas a los centros educativos citados. En mi biblioteca poética queda como una joya la antología que tuvo la amabilidad de dedicarme como prueba de los momentos poéticos compartidos.

Quiero terminar este testimonio sobre el extraordinario poeta y maravillosa persona, que nos abandonó hace unos meses, evocando unos versos de Mario que aunque datan de 1951, hoy en el 2004, tienen plena vigencia y actualidad; corresponden a la "Oración de Otoño", del poemario *Surco vivo*:

... ¡Señor! ¡Señor! los labradores siembran  
sobre esta tierra que nos quema el llanto  
y acaso tu castigo en esta inmensa  
sequía de amor que agrieta nuestras almas...

## **INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. ANTONIO MANZANO SOLANO**

Mi breve aportación a la solemne sesión necrológica estatutaria de homenaje y recuerdo al Ilmo. Sr. Don Mario López López, Académico de Número de esta Casa, fallecido el pasado año, obedece a referencias de naturaleza estrictamente personal, localista y sentimental: El recuerdo y la añoranza de un personaje -de una personalidad- y de un ámbito geográfico temporalmente definidos. Quiero decir, que ni pretendo, ni me encuentro yo en disposición de hacer crítica literaria o artística de la obra poética y pictórica de mi ilustre paisano y amigo Mario López, porque es algo que escapa a mi formación cultural y profesional, aunque no escape a mi curiosidad intelectual.

He de centrarme, efectivamente, en argumentos localistas y, a estas alturas, desde luego, sentimentales. Cuando se habla de Mario López, se alude enseguida a su pueblo -a mi pueblo-, a Bujalance. En Bujalance, Mario López produce su obra poética y hace realidad su otra gran pasión estética, la pintura.

Escribe de Mario López su gran amigo Pablo García Baena:

"... Y él ha quedado allí en su pueblo blanco, asomado al crepúsculo de los olivares: Solo y callando tanto peso de cielo".

El poeta se ha dejado llevar -dulcemente, suavemente, entregadamente- por esa irresistible y misteriosa fuerza que nos vincula al lugar de nacimiento, que es la atracción telúrica. Él mismo lo ha dicho mejor que nadie, porque Bujalance es para Mario López su "Universo de pueblo". Utilizando un lenguaje de hoy, podría decirse que para él la "aldea global" estaba ya significada y agotada en el pueblo.

Aún siendo lego en la materia -que lo soy-, leyendo su obra se comprende enseguida que el pueblo como unidad arquitectónica y urbanística, y la hermosa campiña que lo envuelve, pero también sus gentes, sus preocupaciones, sus quehaceres, sus tradiciones, sus devociones, religiosas y profanas, son los materiales básicos que él traslada a su superior expresión poética.

El pueblo le domina. Pero Mario López no sólo escribe *de* Bujalance, sino que,

además y sobre todo, lo hace *desde* Bujalance. Escribe *en* Bujalance. Otra cosa es que la enorme fuerza expansiva del mensaje literario de su creación poética le haya desbordado, haya trascendido toda clase de fronteras y –justamente– le haya proporcionado toda clase de reconocimientos.

Siempre que se escribe de Mario López se resalta su inamovible condición de vecino de Bujalance. En Bujalance, nace, vive y muere. Su pasión por el pueblo y por sus gentes no le permitían el más mínimo desarraigo. No acepta que otras geografías puedan perturbar su amor, permanentemente declarado y reiterado por Bujalance.

¿Y la otra parte? ¿Ha sido un amor correspondido?

Antes de argumentar mínimamente una respuesta –afirmativa, desde luego– quisiera trasladar mi memoria al Bujalance de los años cuarenta. El panorama cultural de la ciudad, en las primeras décadas que siguieron al final de nuestra desgraciada y trágica guerra civil, era realmente desolador. La cultura y la intelectualidad tenían pocas oportunidades en un mundo que reclamaba, ante todo, la satisfacción de las más urgentes necesidades vitales.

Como se ha escrito (Abelardo Linares, “Prologo” a la obra *Cántico. Hojas de Poesía*. Córdoba, 1983), en los años cuarenta se cultivaba “una poesía exangüe y almibarada, de frialdad marmórea y rígida perfección formal; una poesía, en fin, acartonada e idealizante que pretendía escapar de la historia...”. Mi memoria de niño de pocos años, se atrevería a añadir que era una poesía que llegaba fácilmente al pueblo; una poesía que se leía, se estudiaba en las escuelas y se recitaba con cierta facilidad. Existían incluso rapsodas que, como en la Grecia antigua, iban de pueblo en pueblo recitando la poesía del momento. Yo recuerdo a uno, apellidado González Marín, que, en más de una ocasión, recaló por Bujalance (y digo bien, González Marín; no Rodríguez Marín, el gran comentarista del Quijote).

La poesía de Mario López –como la del grupo fundador de *Cántico*–, irrumpe en Bujalance en este ambiente, poco receptivo (como dice Abelardo Linares, en el “Prólogo” antes citado) a una poesía despreocupada por los aspectos formales del poema –si se exceptúa el soneto, cultivado, desde luego, con éxito–: “poesía de verso libre” o “poesía no rimada”, solía decirse. Se trataba de oponer una poesía nueva, sustancialmente culta y selectiva, a una poesía que, no soy yo quién para decir que no fuera culta desde el punto de vista literario, pero en la que primaban los aspectos populares, o mejor, populistas, y que, al estar profundamente arraigada, era una barrera difícil de franquear.

Pretender un cambio radical en este punto de la estética literaria vigente, máxime en el ambiente de miseria cultural a que antes me he referido, era una utopía. El poeta, nuestro poeta, Mario López, tenía que ganarse el amor de su pueblo a la nueva poesía. Y, desde luego, lo consiguió, cuando el pueblo se dio cuenta de la sinceridad de su pensamiento y del excepcional tratamiento que sabía dar a las más puras esencias de Bujalance y de la Campiña. Bujalance es el lugar común permanente de su obra y el pueblo le correspondió haciéndolo Hijo Predilecto y con otros muchos merecidos reconocimientos, pero, sobre todo, acabando por entender su legado literario.

Yo voy a terminar haciendo mi pequeño homenaje póstumo a Mario López con la lectura de un poema –*Pueblo. Vista General*– de su libro *Universo de Pueblo*, de 1960, recogido después en su *Antología Poética de Bujalance* (Córdoba 1985). Creo que este poema es fiel reflejo del valor esencial de Bujalance en su obra. Y creo que, muy probablemente, este poema fue el punto de inflexión –uno de los puntos de inflexión– que marcó la indisoluble y definitiva unión del poeta con su pueblo.

## PUEBLO. VISTA GENERAL

El pueblo al sol.	El cielo.	Los olivares.	La conversación.
Cal desnuda.	El casino.	Las almazaras.	El tedio.
La Parroquia.	Los labradores.	Los impuestos.	La política.
Los conventos.	El tiempo.	La Guardia Civil.	Los Toros
El castillo.	Los secanos.	Los naipes.	El vino.
Las dos torres.	El mal año.	La lotería.	El cante flamenco.
El arco.	Las nubes.	El refranero.	Y España.
El Ayuntamiento.	El surco abierto.	La escopeta.	Y los españoles.
La plaza.	Las siembras.	Los caballos.	El Bachiller.

El Barbero.  
 Unamuno.  
 Sancho Panza.  
 La lógica.  
 El cementario.  
 Las gentes.  
 La Cruz.  
 Las calles.  
 Los balcones.  
 Los sombreros.  
 La luna.  
 Las procesiones.  
 El pan.  
 Los Cristos morenos.  
 La sequía.  
 Las rogativas.  
 El éxodo.  
 El Padrenuestro.  
 Y el universo, girando.  
 Mundo.  
 Andalucía.  
 Pueblo.

## **INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. JOSÉ M<sup>a</sup>. OCAÑA VERGARA**

El día primero de agosto se cumple el ochenta y cinco aniversario del nacimiento de Mario López en Bujalance. Éste tuvo lugar en la dieciochesca casa-palacio de los Monteolivar de la calle Toboso, arteria que desde el 9 de junio de 1985 lleva el nombre del poeta al ser nombrado Hijo Predilecto de su ciudad natal. Aquel día nacía el poeta que cantarí­a la belleza de su pueblo, la nobleza de sus habitantes y el encanto de la

tierras andaluzas, sin olvidar, justo es decirlo, la miseria y pobreza de muchos labradores pendientes de la lluvia y de las inclemencias climatológicas durante todo el año.

Mario López es el poeta y pintor que ha descrito amorosa y tiernamente el vastísimo panorama olivarero que se divisa desde el leve cerro de la Ermita de Jesús; el que ha cantado los secretos de su querida tierra natal en poemas transidos de hondas memorias de flores, de seres, de cantes; voz de la tierra, voz de los niños bujalanceños, lágrima sonora en las esquilas del atardecer, mientras va dorando su pena de tardes antiguas, de campanadas lentas, de sombras lejanas, conservando y rememorando cosas percederas que quedaron impresas en sus pupilas de niño.

En el estudio autocrítico inserto en *Universo de pueblo*, el poeta desvela claramente cualquier duda sobre la excepcional importancia que el elemento popular, su pueblo, tiene en su obra. Como corroboración de esto, añade: "*Puedo creer, en suma, que mi actitud de aceptación y fidelidad al propio dintorno geográfico señale el irremediable camino de mi breve obra, en su anhelo por recoger la palpitación lírica de ese pueblo andaluz donde me correpondió nacer y vivir con la autenticidad de mi sangre de hombre en íntimo diálogo con su circunstancia*".

La confesión de Mario López nos revela fehacientemente el deseo de dar a sus poemas el profundo sentido racio-vitalista orteguiano, que quedaría acuñado en el aserto definitorio: "*Yo soy yo y mis circunstancias*". Movido por este noble anhelo, el poeta ha aspirado en su obra a reflejar el ambiente de su pueblo, de sus gentes sencillas, de sus costumbres, de sus fastos religiosos y familiares. De esta junción armónica y sentimental ha surgido una obra de claro matiz costumbrista, aunque adornada con las bellísimas galas de una lírica sobria y elegante en extremo.

Toda la crítica especializada ha sabido comprender y exaltar esta tendencia: "*Los límites del mundo poético de Mario López vienen a coincidir con los límites de su mundo real, del mundo que ha aceptado como propio*", ha escrito con esclarecedoras palabras Abelardo Linares, en el prólogo de *Universo de pueblo*.

En el poeta de *Cántico* existe una auténtica vocación de cronista al centrar definitivamente su propósito de descubrir su inédito Sur y de echarle alma a ese descubrimiento. Su visión participa de una exquisita melancolía vuelta hacia el pasado, transida de sabores temporales, por los que el autor no sólo se inclina hacia el ayer familiar, sino que al hacerlo se comunica con el eterno humano, legándonos una obra lírica de perenne belleza en su cosmovisión intemporal, como afirmaba Machado.

Mario López ha sabido adornar todos sus poemas de una leal autenticidad, recreando las sencillas y cotidianas manifestaciones femeninas en las cálidas tardes veraniegas, las penas y alegrías, las desiluciones y esperanzas de sus conciudadanos, la palpitante evocación de los seres y personas amadas que compartieron unas mismas soledades y alegrías de la vida en el pueblo.

Mario López ha cantado a Bujalance con sus campos, sus gentes, sus criaturas, en un noble intento de interiorización, de acercamiento a las prístinas fuentes que coadyuvan a demostrar —como ha afirmado Eugenio Solís (pseudónimo de Ricardo Molina)— que lo universal está en lo particular, en el sublime encanto de pueblecitos perdidos en lontananza, ebrios de luz y calor humano. En un estudio autocrítico inserto en *Universo de pueblo*, el autor afirma que su obra se compone de un total de más de cien poemas, "*la mayoría posibles de agrupar en algunos de aquellos tres más habituales cauces de mi temática: el pueblo, el paisaje y el Sur de España*".

Mario López ha centrado su temática capital sobre su tierra natal. Luis Jiménez Martos establece una sutil comparación entre Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y Mario López. Si los dos primeros sublimaron a Moguer y Baeza, respectivamente, el

autor de *Universo de pueblo* concentra su idela en plasmar la vida sencilla de Bujalance. En el poema «Pueblo, vista general», encontramos un encantador mosaico de minúsculas piezas engarzadas que conforman una cabal pormenorización de la vida popular. La presencia de la naturaleza, del campo y de sus gentes con sus preocupaciones y diversiones, ciclos de estaciones, olor y sabor, sentimientos, religiosidad y nostalgia ofrecen la visión querida del pueblo a cuyo conjuro los días parecen detenerse en una ansia de inasequible eternidad. Mario López ha sabido concentrar en lo particular el valor perenne de lo universal. De ahí que el sentimiento del paisaje bujalanceño adquiera notas de singular valor y rebase los simples límites comarcales. No olvidemos que el descubrimiento del paisaje, unido a un profundo sentimiento por cuanto lo rodea, fue la gran adquisición estética de los generacionistas del 98.

Entre todos los miembros del 98 fue *Azorín* el que captó de manera excepcional la nueva sensibilidad de los paisajes, los minúsculos detalles de la vida ordinaria, la jugosidad y el ambiente de las tierras que conforman la rica y multiforme variedad geográfica hispana. Por todos estos motivos, fue *Azorín* el que más hondo caló en el espíritu artístico y espiristualista de Mario López, genial expositor de la más pura esencia paisajística de las tierras que circundan los bastiones de Bujalance, su tierra natal.

En nuestro libro *Mario López. Un poeta de "Cántico"* (Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Cajasur. Córdoba, 1991), expuse la notabilísima impronta paisajística del poeta de Bujalance. Los más destacados críticos nacionales que habían estudiado la producción el autor de *Universo de pueblo* coincidían en destacar el estudio del paisaje como uno de los más importantes ejes temáticos de su producción en prosa y verso. Carlos Clementson señalaba en la lírica del poeta de *Cántico* "una elegante autenticidad fidelísima, vinculada total y cordialmente al paisaje entrañable y campesino, andaluz por más señas, de anchos horizontes y dilatadas soledades agrícolas en que el poeta se levanta, instaurando en su centro germinal, alejado de las urgencias, negocios e intereses de las grandes urbes.

Es innegable que en este juicio, cabal y perfecto, emerge la figura del poeta enamorado de la alegría primaveral, de la tranquilidad venusiana, del reposo de fray Luis en la finca de La Flecha, alejado del mundanal ruido. La elegancia y sobriedad luisianas resplandecerán en las composiciones bucólicas de Mario López, nuevo defensor acérrimo de las notas virginales del paisaje cantado por Horacio en su inmortal *Beatus ille*.

El campo cordobés diariamente vivido y sentido, el hermoso paisaje andaluz de su rica comarca y el ambiente "lento y amable", a la manera azoriniana, son los polos sobre los que Mario López construirá el edificio de su obra, de perfecta arquitectura métrica y rítmica. Abelardo Linares confirmará este aserto con estas esclarecedoras palabras: "el paisaje de las tierras del Sur es un paisaje interiorizado, visto con retina de pintor, en el que lo nostálgico, humanizándolo, vence a lo meramente descriptivo y refleja con la máxima virtualidad la vida pasada y presente de los hombres de un pueblo cualquiera, Bujalance mismo, de Andalucía".

Toda la crítica está acorde al afirmar que en la poesía de Mario López está patente el más profundo sentimiento del paisaje, unido a la fidelidad constante a la tierra que lo vio nacer, en su afincamiento en ella. Él supo continuar la tradición alimentada en nuestro siglo por Juan Ramón Jiménez, Villalón, Lorca, Alberti, Joaquín Romero Murube..., poetas en los que el tratamiento del paisaje parece querer dar voz a lo primigenio de la tierra, fundirse con ella, como quien se sumerge en el agua lustral, para comunicarse su oscuro misterio.

Mario López humaniza el paisaje cotidiano. El sentimiento del paisaje, de un paisaje determinado y específico, se convierte en núcleo temático de excepcional importan-

cia. No olvidemos que el poeta de Bujalance es un excelente pintor, un consumado paisajista que logra convertir en auténticas personas de carne y sangre los campos cubiertos de áureas espigas de trigo o los olivos cubiertos por la pálida luna invernal.

Mario López, cual el noventayochista *Azorín*, convierte las llanuras cordobesas en vivificante paisaje con una mirada ordenadora y amorosa. Todos los elementos de la campiña cordobesa componen una figura, cuyos elementos más diversos aparecen dotados de un preciso lugar, sentido y emoción singulares. El total sentimiento del paisaje contemplado se desgrana y diversifica en las notas de adjetivos impregnados de intensas cualidades sensoriales.

El autor de *Garganta y corazón del Sur* ha sabido transmitirnos la emoción del paisaje de su tierra natal hasta conmover las más íntimas fibras de nuestro corazón de hombres meridionales. Ha sabido convertir un trozo de naturaleza en paisaje excepcionalmente humanizado por su mirada entrañable que le da orden, figura y sentido.

Mario López es, por esencia, un fiel continuador de la Generación del 98, de aquellos escritores que, como *Azorín*, supieron descubrir la auténtica alma vivificadora del paisaje y dárselo transformado en puro ser viviente. Este descubrimiento del paisaje, entrañablemente sentido e interiorizado en el alma del poeta, estalla emocionado ante la vibrante floración de la primavera en poemas como «Si por la Candelaria». Los campos se pueblan de exuberante vegetación, de lípidos colores sobre los que esplenden reflejos los intensísimos rayos solares, destructores de los grises invernales.

Las precisiones cronológicas matizan pormenorizadamente algunos poemas con sutiles notas diferenciales que permiten transmitir la emoción del momento vivido.

Una de las notas básicas de la obra literaria de Mario López, componente del grupo *Cántico* cordobés, es la amplitud de los límites de su mundo poético que viene a coincidir con los de su mundo real —según el justo juicio de Abelardo Linares—. En el poeta de Bujalance existe una auténtica vocación de cronista que le sirve para exponer la palpitante evocación de las personas y seres queridos que compartieron su vida con él, de los lugares entrañables que él supo visitar y habitar. El acento elegíaco tiñe de dorada melancolía su etapa infantil y juvenil, los años prometedores de una adolescencia que se abre con virginal pureza a los avatares de la vida; él plasmará la vida sencilla de su Bujalance natal. Allí vemos labradores y cazadores, campo infinito y casino humoso, interior y calle, esperanza de lluvia y gozo de fiesta, señoríos y gente llana.

Mario López estiliza en su poesía las cosas y las personas con una tendencia de tono nostálgico que le califica como lírico del Sur, a la manera de Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, que sublimaron a Moguer y Baeza, respectivamente.

Este acertado juicio del poeta cordobés Luis Jiménez Martos encuentra justo paralelo en el de José Luis Cano, para quien Mario López evoca nostálgica y amorosamente la presencia clara y misteriosa de Córdoba, de sus aires y campos, de su cielo y sus pueblos.

Aunque *Garganta y corazón del Sur* y *Universo de pueblo* centren su temática sobre el paisaje bujalanceño, principalmente, no es raro encontrar en la obra del poeta de *Cántico* frecuentes referencias a ciudades andaluzas, que han tenido y significado una impronta notable en su configuración estética y sentimental.

El mismo poeta lo ha explicado así: "...Desde el seco rastrojo del labrantío de Córdoba al jardín de Granada, con cipreces y nieve... Rojas sierras de Málaga, junto al Mediterráneo, donde ya el vino endulza y entreabre la palmera... Sevilla y el Río Grande hasta las tierras bajas de la vid y del toro, frente al mar de Tartessos... Donde, en poemas como *El aire*, *La sangre*, *La tapia*, *Caballo en agonía* u *Oda a Pastora Pavón*, entre otros muchos, intenté expresar, comunicar a alguien, todo cuanto he sentido bajo

mi intenso cielo meridional”.

*Elegía de 1952* representa la evocación del fiel enamorado, que se encontraba en Málaga a su novia de Bujalance. El poeta rememora sus solitarios paseos por las calles, plazas, jardines, Baños del Carmen, Palo o Alcazaba malacitana. La admiración de Mario López por Málaga es paralela a la que han sentido por la perla del Mediterráneo numerosos poetas nacionales y extranjeros. El poema podría considerarse como una bella topografía de los más importantes rincones de la capital de la Costa del Sol. La más enternecedora nostalgia emerge de la lectura de estos versos que encierran el sabor del pasado, de un ayer que gravita sobre la mente del enamorado:

Subía a Gibralfaro... Era antes de las corridas  
de la feria de agosto. Tú escribías  
aún desde Bujalance. Los domingos  
hablaba por teléfono contigo  
junto a la Catedral, cerca de la Marina,  
donde hay un anticuario y un hotel de segunda  
para veraneantes. Tú lejos estabas...  
Lejos tu voz, tras serranías y pueblos  
donde otras gentes que nos ignoraban  
también tendrían cosas particulares  
que decirse entre sí, como nosotros...

La Alameda, el Puerto, la calle Larios y los pinares de Miramar conforman un encantador mosaico de sugestivos lugares malacitanos que se sienten solitarios de la nostálgica añoranza del poeta. La suave brisa marina se esparce teñida en ocasiones por las brumas del Estrecho. El aroma de las flores acompañaba los

Desesperados  
mensajes de amor vivo en cada ramo  
de *biznagas de olor* bajo la noche.

El poeta rememora los más bellos lugares malagueños y las costumbres ancestrales impresas en muchos nativos. La subida al Parador de Gibralfaro, verdadera ventana abierta sobre el puerto y la plaza de toros de *La Malagueta*, concita la reunión de numerosos curiosos y amantes del toreo, ansiosos de contemplar desde la lejanía la faena de sus ídolos taurinos. La Acera de la Marina, junto a la Catedral, le permite evocar la presencia de un anticuario y un hostel para los veraneantes, cuando aún no había comenzado la invasión veraniega de numerosos cordobeses que convertirían Fuengirola, Los Boliches, Torre del Mar y Marbella en el apetecido lugar de descanso al llegar los ardientes calores estivales sobre la ciudad de la Mezquita. Como colofón a esta sentimental evocación, el poeta recuerda las aromáticas *biznagas de olor*, que bellas muchachas pregonan y venden por la tarde.

*Isla de San Fernando* recoge en sus breves sintonemas versales la gracia alada de las tierras gaditanas, la blancura de sus casas y el azul intensísimo del Océano que arrastra “*la gris nostalgia de los barcos*”. El poema, dedicado a Fernando Villalón, encierra el encanto de las composiciones albertinas de *Marinero en tierra*:

//El cielo// y las salinas// me arropan// con su manto...// Sur// de España// Horizontes// del litoral// atlántico...//

*Memoria en el viento*, homenaje a Federico García Lorca, es un conjunto de siete estrofas tetraversales en versos alejandrinos, que recuerdan la pena de la ciudad de la Alhambra por la muerte del poeta. Auténtica elegía, de tonos encendidos y vibrantes que marcan la rabia y el dolor del autor de *Universo de pueblo* por la desaparición del que había cantado las bellezas y encantos, los caminos, las sierras y la vida sencilla de

los moradores del Sacromonte:

*Muerto ya para siempre, recostado en tu tierra  
de las viejas espinas, tu pena de hilo blanco  
duele al sol y palpita como un ala deshecha  
en cálido turbante de andaluzas palomas.*

Las aguas cristalinas del Generalife llevan sollozantes el triste resplandor de la luna lorquiana, luna de sangre y dolor, de muerte presentida, de tragedia española:

*Granada, palidísmia, por ti sufre en estanques,  
coronada de lirios, empolvada de luna.  
En los jardines siguen abriendo los magnolios  
y en amargos arroyos, las adelfas sangrando...*

Mario López ha sabido cantar la belleza incomparable de Córdoba, de Granada y de Málaga; la salada claridad de las tierras gaditanas y el embrujo y misterio de los pueblos andaluces. Poeta del Sur, su obra revela la entraña profunda del hombre enamorado de aquel

*Paraíso cerrado para muchos.  
Felicidad absorta en puro cielo.  
Arco. Ciprés. Aljibe. Dios manando.  
Vivas aguas de sol por atarjeas.*

## **INTERVENCIÓN DE LA ILMA. SRA. D<sup>a</sup>. MARÍA JOSÉ PORRO HERRERA**

No entra el tema de la muerte entre los señalados por el propio poeta Mario López cuando escribe "Algunas consideraciones sobre mi obra poética", edición de *Universo de Pueblo (Poesía 1947-1979)*, ni figura tampoco entre los temas generalmente marcados por los estudiosos cuando se acercan a su poesía. Y sin embargo, ya en el nº 4 de la revista *Cántico*, en 1948, el poema "Pronto serán de niebla" es un claro ejemplo de la aplicación del clásico *tempus fugit* en el que la sensibilidad del conocido soneto quevediano "Cerrar podrá mis ojos la postrera / lágrima que me llevare el blanco día..." se hacen oír en el arranque del poema de nuestro autor:

*Pronto serán de niebla nuestras espaldas. Pronto  
nuestra frente, invadida por los hielos del sueño,  
acunará un paisaje de inmóviles cenizas  
y árboles enraizados al cósmico silencio (nº 1)<sup>1</sup>.*

Son muchas las formas en que Mario López acoge el *topoi*, pero la mayoría coinciden en la naturalidad con que la aborda, como un eslabón inevitable de la cadena biológica, absurda muchas veces, jamás desesperada ni agónica, fiel a la cita siempre.

<sup>1</sup> Los poemas completos se reproducen al final, en Apéndice numerado.

Presente en la ausencia está la muerte en el poema “La sangre” de *Universo de Pueblo* (nº 2); vinculada al espacio taurino, Mario López utiliza la imagen surrealista para acercarse a un mundo onírico que exige el sacrificio en la consumación del arte y en la que éste se sublima aun más si cabe cuando en el espectáculo alcanza también al hombre:

Cuando la flor del tétano entreabre  
sus pétalos de estiércol bajo arcos  
de cal y se presagia la cornada  
de feria entre sombreros de crepúsculo.

Cuando el clarín rotundamente ataja  
la tormenta fraguada en los timbales  
y el ritual instante que sucede  
quiebra el semblante a los banderilleros.

Cuando encarnada, roja o escarlata,  
sangre animal o humana, palpitando  
en su maravilloso árbol de arterias,  
va a derramarse al sol y a borbotones,  
caliente aún y desmandada al viento...

Una muerte aún más absurda es la que queda recogida en los versos de “Caballo en agonía (nº 3), de su *Antología Poética* (1968), cuyos “grandes ojos abiertos jamás saldrán de su asombro” (nº 4), tan estupefactos y distantes de las circunstancias como el narrador de “Córdoba (1890)”, en *Nostalgario Andaluz* (nº 5):

A todos los caballos les abrieron el vientre aquella antigua tarde de sol en Los Tejares... Tarde muerta de Córdoba que en tabernas de barrio aún evocan cabezas de toro, disecadas o en ponientes de mayo sangrientos arreboles.

En “Muertos de pueblo” (nº 6), poema dedicado a Juan Bernier pasa revista a un pasado cercano evocado por la lectura del tan querido libro para Mario López de Don Juan Begué, como respetuosamente él lo cita, *Cosas de mi pueblo*. Muertos ya casi anónimos, carentes de la tragedia de la inmediatez en los afectos tanto de amor como de odio, simple eco nostálgico enterrados en las páginas de un libro:

Muertos de pueblo, amigos y parientes,  
mirando las veletas, conversando  
de Agricultura todavía, oyendo  
cada tarde las mismas campanadas,  
los mismos trinos a distintos pájaros...

¿Y quiénes son esos “Muertos en el olivar” (nº 7) que protagonizan la “¡Amarga primavera floreciendo en disparos...!” No ha necesitado Mario López la voz tonante de la denuncia; se ha acercado a ellos como al descuido, con la misma precaución que en sus desplazamientos lo hicieran los protagonistas:

BAJARÍAN de la Sierra, con escarcha en el alma  
y en su nuca el olvido de la muerte, al acecho.

Es el ansia de borrar las difíciles aristas de estas muertes la que inclina al poeta a buscar una deseada cotidianidad:

(Con los surcos por almohada ya hechos paisaje  
parecían en la mañana muertos de siempre...)

También hay muerte en "Pueblo muerto" (nº 8), porque los hombres no están y mujeres y niños los aguardan escondidos, invisibilidad corpórea, muerte metafórica si bien no menos trágica:

Por el pueblo  
flota un agrio  
silencio rural  
silencio  
de cal muerta  
y drama vivo  
bajo los cielos  
del Éxodo...

Y como colofón, su "Oda a Ricardo Molina" (nº 9), en donde el poeta-amigo aparece recordado en plenitud, cuando todavía su existencia era poesía y la creación poética la justificación de su vida:

UNA voz en el tiempo. Palabras que se quedan,  
musicales o tristes, habitando en nosotros.  
más allá del olvido... Salvación y consuelo  
de la Poesía. Eso es todo. Definitivamente...

Así, tan delicadamente y en sordina como lo empezó despide Mario López el tema de los muertos, casi más que el de la muerte, el poeta que supo convertir una vez más su *Universo de pueblo* en "universo poético" en el que los lectores nos perdemos siempre que deseamos rescatar para nuestro disfrute fragmentos de vida. Por ello en esta sesión necrológica no resistimos la tentación de apropiarnos, esta vez para él, de las palabras que escribió a la muerte de su amigo Ricardo Molina:

Era entonces apenas un ayer tan cercano  
que hoy parece mentira la elegía de tu vida.  
que fue verdad tu paso, cantando entre nosotros,  
imprimiendo la huella de tu alma en las cosas.

\* \* \*

#### POEMAS DE MARIO LÓPEZ

##### Nº 1.- PRONTO SERÁN DE NIEBLA...

Pronto serán de niebla nuestras espaldas. Pronto

nuestra frente, invadida por los hielos del sueño,  
acunará un paisaje de inmóviles cenizas  
y árboles enraizados al cósmico silencio.

Nadie quiere biznagas en su costado, pero  
nuestros brazos darán ese doliente aroma  
que hace a las mariposas titubear y al viento  
complicar dulcemente su invisible tarea.

Toda muerte merece la eternidad que goza  
cuando el mármol olvida la voz del epitafio;  
porque la muerte es tierra y al corazón le vuela  
su mejor golondrina cuando el latido cesa...

Olvidemos la sangre y abramos ancha senda  
al recuerdo futuro donde bajo las noches  
siderales del mundo nuestro pecho sea cárcel,  
violada por las nubes que ruinas empenachan.

¡Bebamos presurosos la luz de esas estrellas  
que hace más de cien años apagaron sus gritos!  
¡Luego ha de ser ya tarde! ¡Tan demasiada tarde  
que ni los ojos puedan mirar a Dios de frente...!

## nº 2.- LA SANGRE

CUANDO moscardas liban joyas, labios,  
banderas o claveles en barandas  
de primavera azul y a la redonda  
media España en tendidos se abanica.

Cuando la adelfa alumbra. Cuando mayo  
de oro grana en rubíes las esmeraldas.  
Cuando el sol y la sombra. Cuando el aire  
cálidamente enturbia los sentidos.

Cuando la sangre. Cuando el espectáculo  
de la muerte en el ruedo. Cuando la hembra.  
Cuando el caballo y toro se aureolan  
de fanatismo y de guardiasciviles.

Cuando en el cielo de la tarde el alto  
clamoreo de la plaza se derrumba  
en espiral de aplausos sobre calles  
y tabernas sin nadie y golondrinas.

Cuando la flor del tétano entreabre  
sus pétalos de estiércol bajo arcos

de cal y se presagia la cornada  
de feria entre sombreros de crepúsculo.

Cuando el clarín rotundamente ataja  
la tormenta fraguada en los timbales  
y el ritual instante que sucede  
quiebra el semblante a los banderilleros.

Cuando encarnada, roja o escarlata,  
sangre animal o humana, palpitando  
en su maravilloso árbol de arterias,  
va a derramarse al sol y a borbotones,  
caliente aún y desmandada al viento...

### Nº 3.- CABALLO EN AGONÍA

Los grandes ojos abiertos jamás saldrán de su asombro.  
A todos y a nadie miran sus grandes ojos redondos.  
Nadie es culpable en España de sus detenidos ojos.  
¿No puede decirnos nadie porqué nos sigue mirando...?

Vidrio que se empaña en muerte ya ciega que se le enfría.  
Sus grandes ojos, atónitos, desorbitados, reflejan  
un idéntico paisaje diminuto e invertido  
de esa azul tarde cualquiera sobre una Plaza de Toros.  
Un charco de sangre ahora coagulada y una manta  
para cubrir esa horrible cornada que le abrió el vientre.  
Con el último relincho la montura le quitaron.  
Pasó el espanto. Su largo cuello tendido abandona.

Sigue el caballo mirando... (Remota pradera verde  
que siendo potro pastabas, ¡Oh dócil y blanco amigo!  
Tu cabeza ya reposa sobre el anca de tu madre...)  
Ha muerto un caballo blanco una tarde azul cualquiera.

### Nº 4.- CÓRDOBA (1990)

(Fragmento)

A todos los caballos les abrieron el vientre aquella antigua tarde de sol en Los Tejares... Tarde muerta de Córdoba que en tabernas de barrio aún evocan cabezas de toro, disecadas o en ponientes de mayo sangrientos arreboles. Sangre ya desteñida en museos de nostalgia que antepasados nuestros, desde palcos en sombra, presenciaron brotando de palpitante herida como digno "espectáculo nacional", aceptado por voluntad unánime del ibérico pueblo.

Tal legendario ídolo, después de la corrida, "Lagartijo", vestido de alamares de oro, en coche de caballos triunfalmente volvía a su casa, radiante de quinqués y de amistades -patio con araucarias-, sita en la calle Osario. [...]

## Nº 5.- MUERTOS DE PUEBLO

RECUERDO un libro: "Cosas de mi pueblo".  
Un viejo libro lleno de nostalgia  
como los olivares en Septiembre.

Han muerto todos los que en él se citan,  
muertos decimonónicos que fueron  
de algún relieve hace setenta años.

Viviendo entonces por aquí pasaron  
representando su local comedia  
del amarillo tiempo melancólico.

Tiempo que fue, desde la ventanilla  
del romántico tren del ochocientos,  
fugaz viaje, apenas iniciado...

Telón sin Josué... Final sabido  
de quienes cuando menos lo esperaban  
su eterno mutis ya aplaudía el olvido.

Muertos de vanidad o de epidemia,  
de soledad política o de asco,  
de cordura o de simple aburrimiento...

Muertos que tal vez fueron concejales  
y por la oposición asesinados  
rotundamente en versos de casino.

Muertos corrientes cuyos apellidos  
llevamos y hasta incluso su sonrisa.  
Muertos que a todos por la sangre suenan.

Muertos de pueblo, amigos y parientes,  
mirando las veletas, conversando  
de Agricultura todavía, oyendo  
cada tarde las mismas campanadas,  
los mismos trinos a distintos pájaros...

## Nº 6.- MUERTOS EN EL OLIVAR

BAJARÍAN de la Sierra, con escarcha en el alma  
y en su nuca el olvido de la muerte, al acecho.

-Temblor de sangre el río bajo la luna  
y el adelfar mojado por las estrellas-

Lejanas torres de oro alumbrarían sus ojos  
 Cuando la voz latente del romance dejara  
 Su eco por los rincones del corazón del campo.

¡Soledad engañosa del olivar de Córdoba!

...Venteados por los perros y al resplandor violeta  
 de los primeros gallos alzados en la aurora  
 comprenderían el pulso de la tierra en su pecho.

¡Amarga primavera floreciendo en disparos...!

(Con los surcos por almohada ya hechos paisaje  
 parecían en la mañana muertos de siempre...)

#### Nº 7.- "PUEBLOMUERTO"

Las calles  
 están desiertas  
 las casas,  
 cerradas.

Dentro:  
 las mujeres  
 y los niños...  
 (Los hombres,  
 ausentes,  
 lejos...)

Por el pueblo  
 flota un agrio  
 silencio rural  
 silencio  
 de cal muerta  
 y drama vivo  
 bajo los cielos  
 del Éxodo...

Aledaños,  
 tierras calmas  
 de secano,  
 y de misterio.  
 Chumberas,  
 Biznagas,

Los olivos  
 por el campo,  
 terrible-  
 mente desierto...

Pitas,  
 chumberas,  
 biznagas,  
 jaramagos,  
 cardos secos,  
 reptiles,  
 piedras,  
 tractores,  
 polvo  
 y caminos de fuego  
 hacia el hostil  
 confín,  
 mudo  
 del tempero.

Casas ricas,  
 casas pobres,  
 casas blancas  
 que tuvieron  
 alma y tejados  
 y aún guardan

por estancias  
 y roperos  
 su pequeña  
 y muda historia  
 de cosas  
 que aquí ocurrieron...

Mediodía,  
 esquinas solas  
 bajo el sol  
 de Pueblomuerto

## Nº 8.- ODA A RICARDO MOLINA

UNA voz en el tiempo. Palabras que se quedan,  
musicales o tristes, habitando en nosotros.  
más allá del olvido... Salvación y consuelo  
de la Poesía. Eso es todo. Definitivamente...

Cuando todo prosigue: Primavera en los labios  
de las muchachas... Jaras o adelfas floreciendo  
por aquellos parajes donde secretas corren  
las transparentes aguas del Río de los Ángeles.

Bucólicos confines de la provincia. Sierras  
del alba. Humildes lirios de Sandua o Piedrahita.  
Hontanares de cielo para el amor de siempre,  
Soledades de Góngora o Ricardo Molina...

Era entonces apenas un ayer tan cercano  
que hoy parece mentira la elegía de tu vida.  
que fue verdad tu paso, cantando entre nosotros,  
imprimiendo la huella de tu alma en las cosas.

## **INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. D. JOAQUÍN CRIADO COSTA**

Esa garganta y ese corazón del Sur que vivió el universo de su pueblo, Bujalance, murió el uno de abril del pasado año.

Pero Mario López fue poeta y los poetas no mueren. Mario López vive y pervive en la magia de sus versos. Y fue pintor. Y vive y pervive en la magia de sus trazos y de sus colores. Y vive y pervive desde el día uno de agosto de 1918 en la antigua calle bujalanceña de Tobosos, que desde 1985 lleva su nombre, cuando a Mario se le distingue como Hijo Predilecto.

Producto de la Institución Libre de Enseñanza a través del Instituto Escuela madrileño, allí bebió su amor a la lectura, su vocación literaria, sus gustos sencillos, su humana actitud abierta y tolerante, su elegancia espiritual... que circulan como savia limpia y como sangre nutriente en todas las obras que nos ha legado: *Garganta y corazón del Sur* (1951), *Universo de pueblo* (1960), *Siete canciones* (1968), *Del campo y soledades* (1968), *Antología poética* (1968), *Cal muerta, cielo vivo* (1969), *Universo de pueblo. Poesía 1947-1979* (1979), *Nostalgario andaluz* (1979), *Museo simbólico* (1982), *Antología poética de Bujalance* (1985), *El alarife* (1981), *Memoria de Málaga* (1992) y *Versos a María del Valle* (1992) entre otras.

Alguien dijo con ocasión de su muerte que "Don Mario no se ha ido, se ha diluido en su entorno y en este paisaje bujalanceño en el que se desarrolló su vida y su obra". Sí, porque las tierras calmas y los olivares de Bujalance guardan y repiten los ecos de la poesía de Mario, con su sentido bucólico e intimista. Es la campiña tantas veces pisada

y recorrida, regada con metáforas y encabalgamientos, con sinécdoques y metonimias.

“Mario López -escribió Ricardo Molina, su mentor en “Cántico”- es un poeta que bajo la apariencia nobilísima de una serenidad que en sus momentos culminantes alcanza rango clásico, oculta un mundo dramático de soledades y elegías, de penetrantes percepciones e intuiciones de la realidad en que vive, realidad humana, cordobesa, que en sus poemas trasciende a planos de universalidad humana, porque el poeta va recto al fondo, aunque, siempre auténtico y veraz, le incorpore la gracia del detalle concreto y de la circunstancia local”.

Y en esa circunstancia local y en esa universalidad humana del hombre sencillo y honesto que fue Mario López, en su sagrada soledad íntima y transparente, caben y han habitado siempre su esposa, María del Valle, y los seis hijos de ambos.

Todos, ellos y yo, sabemos que para Mario, el compañero Académico que se nos fue

“¡Ya empieza a rayar el alba...!  
¡Ya las últimas estrellas  
de la noche su epitafio graban sobre las praderas  
celestes mientras los trinos del amanecer despiertan  
por un bíblico horizonte de cipreses y veletas...!”

Se levanta la sesión